



Los días recobrados

La Estrella para 663.007 Homero Bascuñán

Por Marcial Tamayo

No es tarea fácil llegar a la cumbre nevada de una montaña.

Hay que saber esperar la hora propicia, observar sus quebradas, los ventisqueros, la velocidad del viento, tener una brújula, firmes cordeles trenzados, una cantimplora, gorros de lana, guantes y anteojos de color. Se debe arribar a la base en determinada época del año con un entrenamiento acabado en cosas del andinismo bajo la tutela de un maestro. Llegado ese momento, emprender la marcha a tranco lento, sin apuro y con un gran manojito de fe y de esperanzas.

Todo esto se me ocurre cuando pienso en la vida de Homero Bascuñán, nombre que no es del bautismo y a quien conocí por medio de Antonio Acevedo Hernández. Como Antonio, Homero es un viejo roble autóctono. Esos robles que nunca mueren, pues el bosque los necesita, son indispensables que se encuentran allí, para cobijar al vagabundo, al desamparado. Estábamos arrimados a la baranda del segundo piso y allí estreché por primera vez las manos grandes de ese hombre que tiene alma de niño. ¿De dónde venía este hombre moreno y grandote? Nada menos que de Tamayo (voz quechua que significa lluvia) y que vino al mundo en 1901, habiendo ya escrito en libros sus ensayos y cuentos y una novela breve. En sus "días perdidos" hemos apreciado el ir y venir de sus primeros años en la pampa desolada, llorando y sufriendo como lo hace todo hombre que aspira a escalar la inmensa montaña del mundo. Ha bebido en todas las fuentes del saber humano, y también la yerba amarga de la

incomprensión que crece en todos los jardines.

Llegó a la base de la montaña y observó las inclemencias del tiempo. Arriba soplaba fuerte el viento y la arboleada movíase con fuerza en esas latitudes. Seguramente pensó en sus tierras desiertas donde nada estorba a la vista. Por las noches sintió frío y buscó el refugio amado. Había que emprender la marcha. Y de su vetero brotaron miles de carillas a doble espacio, y aquello fue como si a su cerebro le hubieran injertado alas para volar. Nada quedó atrás y la historia se ha cumplido. Desde arriba puede ver la llanura verde de sus años, el río Loa, que se pierde en el corazón del salitre, ahora recuerda cuánto luchó en esa preparación para el escalamiento final. Ahora que ya está arriba y que ya ha dado hijos a la Patria, ha plantado árboles y ha escrito libros, es necesario darle la estrella que le pertenece: el Premio Nacional de Periodismo. Es lo justo a quien ha hecho sobrados méritos para ello. En su cuerpo grande en un rincón estrecho late aún con mucha fuerza el corazón. Ya está en la cima y esta estrella la llevará en su frente ancha y noble como un lucero de la tierra nativa, distante y siempre cerca. La madre tierra que no se olvida, por la que luchamos todos cada amanecer. Y entonces, sólo entonces, Homero podrá enlazar la redondilla de Acevedo Hernández:

*"Yo ví la muerte en un vaso,
el mar en un caracol,
y todo el dolor del mundo
adentro de un corazón".*

MT.

Los Últimos Noticias, S.F.P.O.
14-11-1976. P.S.

La estrella para Homero Bascuñán [artículo] Marcial Tamayo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Tamayo, Marcial, 1913-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1976

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La estrella para Homero Bascuñán [artículo] Marcial Tamayo.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile